

# Monólogo A

**Obra: MORIR**

**Autor: SERGI BELBEL**

**Personaje: VÍCTIMA**

**VÍCTIMA:** ¿Sólo unos minutos? Piense que tengo una familia, piense por un instante en mi familia, en mis hijos, mis hijas, mi mujer, mi perro, mi cama, mi casa, mis vecinos; ellos me quieren, me ven cada día, no puedo morirme, no puede matarme y volverse tan tranquilo a su casa y dormirse como si no hubiera pasado nada, es imposible, imagínese cuando lo vean mis hijos, mis hijas, y sepan que he muerto a manos de un asesino, un torturador, una persona indeseable que mutila a la gente, que mata a un inocente por cuatro chavos miserables, imagínese la cara de mi hija, la pequeña, cuando todos la señalen por la calle y oiga: miren, mírenla, la hija del que asesinaron ayer en el barrio, del honesto buen padre amable buen hombre que torturaron en el barrio; a ella, a ellas, a ellos, hijos míos, a ellos también va a matarlos; si me mata a mí, mata a mis hijos en vida, les destruirá la vida; puede imaginar que para mí no hay nada en el mundo salvo mis hijos, son muy pequeños y tienen toda una vida por delante, y sepa que también quiero a mi mujer, es una mujer encantadora, tierna, femenina, que me conoce bien aunque ignora los pequeños problemas que tengo con la gente que le paga a usted para matarme, que comparte el lecho con un marido que ella considera sensible, dócil, amable; imagine las caras de mis hijos, mis hijas queridas que me adoran, que me adulan, la cara de pena y de rabia y de dolor cuando sepan mañana la verdad y tengan que soportar esa carga hasta que se mueran y tengan que tragarse su tristeza y tengan que mudarse de su casa, de su barrio, de su ciudad, de su país para olvidar, para olvidarme, para que nada ni nadie les recuerde a mí, míreles bien las caras durante mi funeral, en el interior de la iglesia, cuando hayan puesto mi ataúd en el altar y ellos se cojan de las manos y contengan el llanto y el asco y el vómito al saber la atrocidad que alguien ha cometido con su propio padre, su propio marido: la muerte, mi muerte por cuatro miserables monedas, ¿puede verlas?, ¿puede ver las caras de repulsión y de odio profundo por el asesino de mi queridísima familia?, que le echará una maldición aunque ellos no le conozcan, que me llorarán, me añorarán y tendrán que enmarcar mis fotos y sacar el polvo de todos los objetos que yo toqué y reconstruir los juguetes que año tras año con todo mi amor les fui regalando y recuperar todos los rastros posibles de mi presencia y conservar los recuerdos más cálidos que alguna vez les unieron a mí... porque nunca jamás dejarán de quererme y de echarme de menos. Escúcheme con atención, no puedo mirarle a los ojos, no me mate, ¿me queda tiempo?, escúcheme, quizá quizá quizá quizá quizá no soy exactamente yo quien le está hablando, usted no puede matarme, porque acaba de oír estas palabras de dolor, no puedo mirarle a los ojos, pero puedo hablar, quizá quizá quizá no soy yo quien habla, un hombre en esta situación no podría hablar del modo en que le hablo yo, sí, ¿no se da cuenta? ¿no ve que es Él quien habla por mi boca? ¿No se da cuenta de que ya no soy el de antes? ¿Sabe quién soy, ahora? Sí, lo sabe perfectamente, ¡soy Dios!, y he llegado a tiempo para hacerle esta advertencia, ¡no puede matarme! ya me ha oído, mire el reloj, ¡ya he llegado y estoy aquí!

# Monólogo B

**Obra: MORIR**

**Autor: SERGI BELBEL**

**Personaje: MADRE**

**MADRE:** Niña, no me pongas nerviosa. Y siéntate como Dios manda, hazme el favor. ¿Me has oído? Que te sientes como Dios manda, he dicho. ¿Se sienta así una persona normal, a la mesa? No, así no se sienta, vamos, te lo he repetido mil veces, niña, a ver, esos codos fuera, el culo para atrás, tocando el respaldo de la silla, ¡no!, ¡así, no!, ¿no me entiendes cuando hablo, o qué?, he dicho tocando el respaldo de la silla, los brazos paralelos, paralelos, ¿eso qué es?, quita eso, que quites esa pierna, ¡fuera, fuera!, las piernas como los brazos, también paralelas, ¿dónde se ha visto cruzar las piernas debajo de la mesa?, es de mal gusto cruzar las piernas debajo de la mesa, te lo he repetido mil veces, qué grosería, niña, qué grosería; vamos, vamos, la espalda recta, ¿eso es recta?, ay, niña, si tienes la columna torcida, pareces una jorobada, una tullida, no, así no, los hombros hacia abajo, hacia abajo, oh, por Dios, ¿ya no les enseñan nada de esto en el colegio? ...(la niña intenta hablar) ... ¿Quieres comer y dejar de hablar? Ésa es otra de tus manías: las preguntas, las preguntitas a todas horas, el parloteo, parece que lo haces a propósito, niña, con sólo ponerte el plato en la mesa ya te entran ganas de hablar como lora, cuando lo que te tendrían que entrar son ganas de comer, es que en la mesa tampoco se habla, niña, sí, qué desgracia que hayas nacido demasiado tarde para conocer a tus abuelos, niña, sobre todo al abuelo, la abuela, mira, qué quieres que te diga, se dejaba llevar por el abuelo y, total, se fue al cielo antes de cumplir los cincuenta, pero tu abuelo... él sí que era una persona como Dios manda y nos enseñó a vivir, no a ir haciendo preguntitas, sino a vivir, es decir, a saber comportarse educadamente y a poder afrontar con elegancia y delicadeza las cosas más menudas de la vida, que son las que nos dan satisfacciones y las que, a fin de cuentas, nos importan y nos definen como seres humanos, y no las bestialidades que puedan decirles hoy en día en el colegio, que sólo sirven para hacer de ustedes brillantes hombres y mujeres de negocios y altas ejecutivas pero sin piedad ni educación ni el más mínimo atisbo de humanidad, sí, esas eran las enseñanzas de tu abuelo: saber estar en la mesa como Dios manda y saber saludar y saber decir la palabra justa en el momento justo, ¡oh!, antes las cosas de la vida se enseñaban así, directamente de la sangre, y ahora veo que daba buen resultado, y cuando digo sangre no quiero decir la sangre, claro que no, sino la sangre de la herencia. ¿Sabes de lo que te estoy hablando, niña? ¡la herencia!, y en casa, cuando éramos unos chiquillos, eso era lo que se heredaba: la educación, rígida, severa, sensible, y no como ahora, ¡que tengo que repetirte mil veces las cosas para que las hagas, mil veces, mil, y, mira niña, mil veces me parece a mí que son muchas veces!, ¿verdad niña? Más o menos tres años seguidos diciéndote cada día lo mismo. ¿No te parece una exageración? ¿Qué? ¿No comes, todavía? ¿vas a comer? ¡Responde!